

soleo de Hécuba de Luciñán; Bonino, natural de Asís, forma una sociedad de artistas vidrieros que decoren las ojivas.

La escuela de artistas frailes da gallarda muestra de sí con el arquitecto Felipe de Campello, el que terminó la basilica de San Francisco y erigió la de Santa Clara; con Mino de Turríta, príncipe de los mosaístas, á quien se atribuyen las pinturas de las paredes laterales de la basilica inferior; con su discípulo Jacobo de Camerino; con fray Martín y fray Francisco de Terranova. Ni en los siglos llamados *renacientes* se apaga la inspiración franciscana: Andrea de Asís, discípulo del Perugino y rival de Rafael, el que fué llamado *Ingegno* por su destreza prodigiosa, y se consumió de melancolía, habiendo quedado ciego en la flor de sus años, trazó en la basilica sus *Sibilas* y *Profetas*; Dominiquino de San Severino talló la sillería del coro; y en plena marea naturalista, el contemplativo Cigola consagró vida y pinceles á tratar un asunto único: la estigmatización de san Francisco. Considerando los límpidos destellos que en la tumba del penitente despide el arte, no parece infundada afirmación la de que en la centuria décimosexta, entre incomparables esplendores artísticos, se trasluce ya la decadencia cercana é inevitable: desde luego, el arte ha perdido en tal período el rumbo religioso y desconoce los senderos del ideal. Basta á persuadir de ello la comparación de los dos monumentos consagrados á san Francisco en Asís: la basilica ya descrita y la que cubre la Porciúncula, del siglo XIII la primera, la segunda del XVI, ejecutada conforme á los diseños del renombrado arquitecto Vignola. Álzase ésta en risueño llano; son sus proporciones grandiosas y puras; ostenta tres majestuosas naves, diez capillas y una elegante

rotonda; pero su estilo dórico enfría el alma: fáltale la sombra, el misterio, la poesía del gótico, el vago sentimiento del infinito que despierta el arco agudo al lanzarse al cielo; y si bajo sus bóvedas no se cobijase la amada Porciúncula, la capillita primitiva, pobre y tosca, humilde nido de la Orden de Menores, apenas tendría el edificio otro interés sino el de revelar la impotencia de un arte esclavo de la materia y de la forma.

Dos monumentos más encierra Italia en que la inspiración franciscana creó maravillas: San Antonio, en Padua, y Santa Croce, en Florencia. Para enriquecer la tumba del taumaturgo toda magnificencia pareció escasa á las generaciones devotas de aquel popularísimo apóstol, defensor de los débiles, de las mujeres y de los niños, el *Santo* por antonomasia de la Edad media. Envanecida Padua de poseer los restos de san Antonio, encargó á Nicolás de Pisa la erección de suntuoso templo, que, con sus siete cúpulas, las agujas de sus tres minaretes, se parece á San Marcos, á las mezquitas musulmicas, á los palacios orientales; pero el ábside poligonal, los prolongados arcos, recuerdan la preferencia de los franciscanos por el estilo gótico, que en Italia propagaron. Interiormente, la opulencia del templo sobrepuja cuanto puede concebir la fantasía: la capilla principal, donde reposan las cenizas del Santo, deslumbra como un relámpago de oro y plata y preciosos mármoles: día y noche la iluminan candelabros de argentería sostenidos por figuras de ángeles, y tres lámparas de oro macizo, presente una de ellas del Gran Turco (9): los adornos son de lo más rico y complicado del Renacimiento: pueblanla magníficas estatuas, que, al reflejo de las luces, parecen animarse y vivir; la obra de Andrea Riccio, el

soberbio candelero de bronce, tenido por el más bello del orbe, completa la esplendidez del conjunto. Está poblado el templo de obras maestras: Donatello esculpió el gran Crucifijo; Líberi pintó una vez más á san Francisco recibiendo los estigmas; Belano de Padua adornó el coro con bajos relieves de bronce. En la *Scuola del Santo* — contigua á la iglesia — se conservan frescos de Ticiano, escenas que conmemoran la piedad dispensada por el taumaturgo á las mujeres, víctimas de la barbarie conyugal en la Edad media: una esposa muerta á puñaladas por su esposo y resucitada por el Santo: otra acusada, cuyo honor vindica concediendo el habla al párvulo que está en la cuna: con otros muchos episodios de la vida del glorioso predicador. Custodiase en el tesoro del templo su incorrupta lengua, menos facunda y elegante, pero más influyente en las multitudes, que la que atravesó Fulvia con las agujas de su cabello (10).

Con el esplendor de San Antonio de Padua, contrasta la severidad de Santa Croce de Florencia. Arnolfo alzó para los franciscanos sus tres naves: el vasto edificio de estilo gótico florentino, es sombrío, austero, de figura de cruz, alumbrado por altas é imponentes ventanas ojivales, poblado de mausoleos donde reposan grandes hombres, guarnecido á derecha é izquierda de capillas que de padres á hijos ornaron pintores excelsos, Giotto, Estefano y Tadeo Gaddi, Giotto hijo de Estefano, y Ángel, hijo de Tadeo, que trazaron la historia de la pecadora Magdalena, el martirio de los apóstoles, la vida de san Francisco, la de la Virgen; el apocalíptico pincel de Uccello produjo un cuadro del Juicio final; Cimabúe, un retrato auténtico de san Francisco, tan estimado que sólo una vez al año se enseña; Lucas de la Robia, el rey de la

cerámica, los barroes que incrustan el pórtico, las estatuas de santo Domingo y san Bernardino, el gran grupo de porcelana de la Virgen con el Niño, los platos de mayólica; Benito de Majano, el admirable púlpito de mármol y bronce; Donatello, la efigie de san Luis de Tolosa, y un Crucifijo, del cual se refiere curiosa anécdota (11). Cruzando las hileras de sepulcros que encierra el recinto de Santa Croce, extraña y profunda impresión sobrecoge el ánimo hallando tan próximas tres tumbas, tres nombres: Miguel Ángel, Maquiavelo, Galileo. Parecía que las desoladas figuras que lloran sobre el mausoleo de Miguel Ángel, las Artes hermanas, ven ya en lontananza descender á su ocaso el sol del Renacimiento, y venir la corrupción y el mal gusto y nacer con Galileo — el mismo día y á la misma hora en que Miguel Ángel expira — una era en que la ciencia venza y eclipse á las artes.

Entre los artistas españoles á quienes se comunicó la inspiración franciscana, citemos sólo uno, Murillo; y de ese una obra no más, el *Cristo crucificado abrazando á san Francisco*, que guarda el museo de Sevilla. Es lienzo de los que vistos una vez, no se olvidan jamás. Sobre un cielo cubierto de brumas se alza la cruz. Cristo, descolorido, agonizante y trágicamente hermoso, desprende del madero el brazo derecho, que ciñe al cuello de Francisco de Asís: el rostro de éste, levantado, expresa compasión penetrantísima, amor encendido y sublime: sus manos palpan trémulas de respeto el cuerpo divino; en sus ojos brilla luz de éxtasis; con un pie rechaza desdeñosamente el globo del mundo. Respira el cuadro la sencillez y la unción que distinguen á nuestro soberano pintor místico; las actitudes son naturales, sobrio y conciso el desempeño, dramáticos y potentes los efectos de la luz y colorido;

en el grupo hay realismo y sinceridad tal, que nos hace olvidar la historia y creer un instante que así como José y Nicodemus amortajaron el sacrosanto cuerpo, pudo Francisco de Asís consolar la agonía del Mártir, y embriagarse en su sangre divina, bebiendo en ella la locura de la cruz. Entre los muchos prodigios, regalos y favores celestiales que se cuentan en las crónicas de san Francisco, no figura el que da asunto al cuadro de Murillo : doblado mérito del pintor, ya que su genio solo concibió la alegoría profunda del abrazo amoroso que al través de las generaciones unió á Francisco de Asís y á Jesucristo : abrazo que dejó al penitente de Umbria eterna sed de martirio, y le hizo viva imagen del Redentor, hasta en sus llagas. Nuestro incomparable Bartolomé Esteban Murillo, nuestro gran artista cristiano, hubiera podido adoptar los estatutos de la corporación de pintores de Siena, que empezaban con estas palabras : « Por la gracia de Dios hemos sido llamados á manifestar á los hombres groseros, que no saben leer, las cosas portentosas que obró la fe santa ; nuestra fe consiste principalmente en adorar y creer en un Dios eterno, un Dios de poder infinito, de inmensa sabiduría, de clemencia y amor sin límites ; y estamos persuadidos de que ninguna cosa, por pequeña que sea, puede empezarse ni concluirse sin poder, sin saber, y sin amorosa voluntad ».



NOTAS.

(1) Ciertamente que los principales santuarios fueron cerrados desde el tiempo de los hijos de Constantino y Teodosio, y abolidos los sacrificios, y las tierras y rentas pertenecientes á sacerdotes paganos confiscadas ; pero las estatuas de divinidades ó héroes, distribuidas por los prefectos de la villa en los sitios públicos, continuaron — perdida ya la significación religiosa que las antiguas creencias les atribuían — sirviendo de adorno admirable á la Roma que no renegaba de su ayer... El Cristianismo comprendió al punto que los monumentos de Roma pagana formaban parte de glorias que no le convenía repudiar, ya que según los secretos designios de la Providencia habían servido para agrupar las naciones y prepararlas á recibir el Evangelio... De esta suerte comenzó la singular metamorfosis en que la Edad media cristiana pudo, es cierto, ahogar algún recuerdo persistente de la antigüedad gentilica ; pero en conjunto conservó y salvó muchos. (A. Geoffroy, *L'histoire monumentale de Rome et la première renaissance.*)

(2) En el pavimento de San Marcos hay grupos y figuras que se atribuyen á la presciencia del célebre abad de Flora, el cual, según la tradición, representó en aquellos jeroglíficos muchos acontecimientos venideros.

(3) Uno de los trabajos en que con más curiosos argumentos se ha defendido esta tesis sin lograr demostrarla, es el breve estudio de R. Rosières : *Les cathédrales gothiques.*

(4) Quizá parezca ocioso decir que las logias masónicas en la Edad media eran cosa muy distinta de lo que son hoy las sociedades secretas conocidas con el mismo nombre. Eran gremios de obreros constructores, constituidos bajo una jurisdicción especial : se dividían en maestros, compañeros y aprendices, y ocultaban al vulgo sus conocimientos técnicos : tenían señales para conocerse, y una iniciación simbólica. Más tarde su carácter pasó de artístico á político, y fueron instrumentos de la revolución social.

(5) «El convento de Asis, construido poco después del año 1226, pasa en Italia por el ejemplar más antiguo del estilo gótico; mas no por esto se ha de decir que sea en Italia donde se empleó la ojiva por vez primera.» (Cantú, *Historia Universal*.)

(6) Algunos, y entre ellos el P. Palomes, atribuyen á Nicolás Pisano el plan de la basilica de Asis.

(7) La figura de Elias tenia el letrero siguiente: *Jesu Christe pie, miserere precantis Eliæ*; y debajo la inscripción: *Frater Elias fieri fecit: Juncta Pisanus me pinxit anno 1236, Indicatione nona*. Ya no se halla esta pintura en el lugar que ocupaba.

(8) «Creiase que Cimabúe señoreaba la pintura; pero ahora oscureció su fama la celebridad de Giotto.»

(9) Ya no existe: la fundieron, para ayuda del pago del impuesto de guerra, en 1797.

(10) Es digno de mención el hecho de que la guardia del templo de San Antonio estuviere encomendada á perros de Dalmacia, de la especie conocida por *perro de pastor*. Cierta noche que un criado de la familia Sografi acertó á quedarse entretenido en rezos hasta después de cerrada la puerta, se colocaron dos perros á su izquierda y derecha, prontos á devorarlo si hacía el menor movimiento, y así lo tuvieron de rodillas hasta el amanecer.

(11) Cuando Donatello hubo terminado su Crucifijo, lo enseñó, lleno de orgullo, á Brunelleschi, que le dijo: — «Ése parece algún aldeano á quien tú crucificaste»; después de lo cual, emprendió á su vez pintar un Crucifijo. Cuando Donatello llegó á ver la obra de su rival, cayósele de las manos el cesto en que llevaba el desayuno, y exclamó — «Yo hago aldeanos; pero tú haces Cristos.» — Y en efecto, el Cristo de Brunelleschi tiene la nobleza que falta al de su generoso competidor.



CAPÍTULO XV.

LA INSPIRACIÓN FRANCISCANA EN LA CIENCIA.

Carácter práctico de la obra de san Francisco. — Importancia científica de las misiones. — Escoto. — Rogerio Bacón. — Hombres de ciencia del siglo XIII: Alberto el Grande. — Vicente de Beauvais. — Superioridad de Bacón. — Su historia. — Sus obras. — El ayudante de laboratorio de Bacón. — Consejas. — Si fué perseguido Rogerio Bacón. — Sus descubrimientos é invenciones admirables. — Funda el método experimental. — Su idea del progreso. — Fuentes de la ciencia de Bacón. — Comparación con Bacón de Verulamio. — Condición de ambos. — Escritos de Rogerio Bacón. — La filosofía inglesa. — Rogerio Bacón y el moderno positivismo. — Escuela baconiana: los frailes hombres de ciencia. — Grandeza de Bacón.

.....
*Sine experientia nihil sufficienter
sciri potest.*

.....
(Rogerius Bacon, *Opus majus*.)

.....
Nada se sabe bien sino por medio
de la experiencia.

.....
(Rogerio Bacón, *Obra mayor*.)

AUNQUE á primera vista se tome por paradoja, es cierto que la obra de san Francisco de Asis reúne al carácter contemplativo otro muy positivo y práctico. Cuando san Francisco fundó su Orden, no se propuso únicamente la salud espiritual de Europa y del orbe: los males del cuerpo, la lepra repugnante, los lamentos del Job de la Edad media tendido en fétido muladar, resonaban sin tregua en su